

Ya sea con una computadora o con programas de televisión, el dilema es cómo acercar la explicación de los maestros a los niños.

POR **DELIA ANGÉLICA ORTIZ**
@angvortiz5

➤ CUANDO SARAÍD llegó como maestra rural a La Nopalera, en 2018, no podía identificar la fachada de la escuela. El nombre de la primaria bilingüe “Juan Escutia”, que alguna vez fue rojo, estaba decolorado. El número de registro ante la SEP era ilegible. Las paredes de un azul desteñido por los años y la falta de mantenimiento le dieron la bienvenida.

Saraíd iba desde la capital mexicana, a 40 minutos de la comunidad. Manejaba un Tsuru modelo 2000. Al entrar por las calles de terracería, vio cómo algunas mujeres tenían que acarrear el agua a sus casas. En la escuela, la plomería estaba deteriorada, así que debían usar una cubeta para drenar el excusado, lo que era pesado para los niños más pequeños. El único maestro que en ese momento estaba al frente atendía a los 40 alumnos de los seis grados y también hacía las funciones directivas.

Saraíd Borjan Ramírez tenía 22 años. Había egresado de la Universidad Intercultural del Estado de México, donde aprendió otomí, justo la lengua que hablan en La Nopalera. Esta ranchería cuenta con apenas 2,000 habitantes. Es un valle ubicado en el norte del Estado de México, en el municipio de Jiquipilco.

Como ocurrió con los 230,000 planteles de educación básica de este país –incluidos preescolar, primaria y secundaria–, la escuela rural indígena multigrado de La Nopalera también suspendió clases presenciales por la emergencia sanitaria de COVID-19, el 23 de marzo de 2019.

Saraíd y su colega Alejandra Ortiz Martínez cerraron la escuela y pidieron a las familias estar pendientes de la comunicación oficial de la Secretaría de Educación Pública. Lo mismo hicieron 1 millón 217,000 maestros



Educar en el distanciamiento: tomar clases en tiempos de **COVID-19**

de educación básica de este país. La mayoría de los padres ni siquiera recogieron los libros de texto ni las libretas.

Las vacaciones de Semana Santa amortiguaron el anuncio de que “la educación a distancia” iniciaría el 20 de abril, a través de la iniciativa “Aprende en casa por televisión y en línea”. Docentes y padres de familia comenzaron a familiarizarse con los grupos de WhatsApp, impresiones en casa o copias fotostáticas, y la programación educativa que se habilitaría por radio y televisión. Algunos intentaron rescatar sus libros de texto antes de tener que descargarlos en línea.

Se hizo más evidente que el milagro digital aún no es para todos. Una clase virtual requiere de una conexión de banda ancha a internet, cámara web y versiones actualizadas

a sistemas operativos que son incompatibles con modelos viejos de cómputo o celular.

Si tres de cada diez mexicanos no tienen acceso a internet, entonces casi 8 millones de niños no pueden tener clases en línea, ese número equivale a que todos los habitantes de Ciudad de México estuvieran desconectados. En el caso de los maestros, son 365,000 docentes y ese número sería como llenar tres veces el Autódromo Hermanos Rodríguez, sin que ninguno de los asistentes tuviera señal.

En La Nopalera, los hermanos José Raúl, de 14 años, en sexto grado, y Ernesto, de 13 años, en quinto grado, viven en la parte más alejada de la comunidad y hacían 20 minutos caminando a la escuela. No tienen televisión. Ni celular. Ni radio. Aunque pareciera chiste de mal gusto, tienen otros cinco hermanos



En La Nopalera, las maestras trabajan un sistema de revitalización de las lenguas indígenas, visitan a los aún hablantes de la comunidad y ayudan a los niños a escribir su experiencia en otomí.

por parte de su padre y otros siete por parte de su madrastra. Todos más grandes.

Antes del COVID-19, la escuela resolvía el desayuno y la comida de José Raúl y Ernesto. Ya como directora, Saraíd logró estirar el presupuesto para poder ofrecer, al menos, un atole caliente a los niños que, como ellos, llegaban con el estómago vacío.

En los meses de confinamiento social, los hermanos no pudieron comunicarse con su maestra y, como fue la instrucción de la SEP, fueron evaluados con el trabajo que realizaron previo a la emergencia sanitaria. Recibieron una calificación aprobatoria de 7 y 6, respectivamente.

Sin embargo, su tutora, llamémosla Elena, dice que el promedio fue “muy bajo” y ahora se cuestionan si deben seguir en la escuela.

Ella tiene 43 años y logró terminar el tercero de primaria, en su natal Veracruz.

“No sé si José Raúl vaya a entrar a la secundaria. Me fueron a ver para ver si iban a ir a estudiar, pero su papá dijo que ya no. El niño dice que ya no quiere estudiar”, comenta Elena, vía telefónica, con la ayuda del celular que le presta la maestra Saraíd.

Tradicionalmente, la educación básica es el nivel con menor deserción escolar (0.6 por ciento para primaria y 4.4 por ciento para secundaria), pero en tiempos de COVID-19, las autoridades federales calculan que será de 10 por ciento de la matrícula en educación básica, eso es poco más de 2 millones 500,000 alumnos.

Si a esa cifra se suman los 500,000 niños que aún antes de la pandemia no concluían

la educación básica, la cifra ascendería a 3 millones. Ese número equivale a la población de Puerto Rico, si es que la comparación vale para dimensionar el número de menores que abandonarán la educación básica y verán afectadas sus oportunidades de empleabilidad como adultos.

El papá de José Raúl y Ernesto sí es oriundo de La Nopalera. Ahí terminó la primaria. Ya no es hablante de otomí, pero lo entiende. Antes del COVID-19, habrá ido una vez a la escuela de sus hijos, para quejarse y para pedir los papeles de los niños para que ya no asistan más.

Los niños comentaron, alguna vez, que perdieron un año escolar porque no los inscribieron en castigo a que, jugando con cerillos, habían quemado una milpa. El papá los tundió a golpes. La Unicef calcula que seis de cada diez niños mexicanos sufren medidas disciplinarias físicas.

Desde su primer año en La Nopalera, Saraíd se enfrentó a la violencia parental. Una de sus alumnas le mostró sus heridas en la espalda, provocadas por los azotes de un lazo o quizá de un cinturón. La maestra no pudo contener las lágrimas. “Mandamos llamar al papá y nos dijo que como la niña no se quería bañar, le pegó”, recuerda.

Saraíd comenta que reportaron el incidente al DIF. Sin embargo, para cuando la trabajadora social acudió, la familia se había mudado a otra comunidad. La maestra le ha dado seguimiento y cada vez que su exalumna visita la ranchería, trata de sondear si ha sido víctima de otra agresión.

¿ESCUELA PARA QUÉ?

Cimenna Chao Rebolledo es coordinadora de la especialidad en educación socioemocional en la Universidad Iberoamericana. Ha participado en el “Seminario sobre educación en situaciones de emergencia”, organizado por la Unicef para preparar el regreso a clases ante la nueva realidad planteada por la pandemia.

“La escuela es el lugar en donde voy a vivir una vida independiente de mi familia”, explica en entrevista con *Newsweek México*. “La escuela es el punto de encuentro para la socialización y, por eso, lo que más extrañan los niños es la posibilidad de convivir y construir con sus pares el conocimiento y una experiencia de vida. Esa parte de la escuela es insustituible”.

Asesora de la SEP y de la Unesco, Chao Rebolledo también es especialista en los procesos de enseñanza-aprendizaje mediados por tecnologías digitales, por eso advierte que “por mucho que queramos construir comunidades de aprendizaje en la virtualidad, el estar junto al otro, el poder mirar al otro a los ojos, el poder sentir al otro en su presencia tridimensional, no tiene sustituto en los espacios virtuales”.

Advierte que es necesario generar estrategias pedagógicas que no lastimen la convivencia e incluso reinventar la escuela en un lugar distinto al aula para evitar “distancia tóxica” y generar “proximidad sana”.

“Lo más tóxico será educar en el distanciamiento. Se pueden generar prejuicios al contacto social y esto va a ser desfavorable para las personas que estén en condiciones de mayor vulnerabilidad, porque hayan padecido COVID-19 o tengan familiares infectados o tenga una situación médica o discapacidad. Educarnos en la distancia puede educarnos en el prejuicio”, explica.

En otomí, o hñähñu, “escuela” se dice “ngunxādi”, con sus respectivas variantes, según la región en la que se hable. Saraíd y su colega Alejandra se prepararon para el regreso a clases de manera especial. Trabajaron en guías de estudio para sus alumnos, están desarrollando una aplicación de celular que no requiera conexión a internet y solicitaron un permiso a las autoridades para acudir los viernes a la comunidad para dar una sesión personalizada a los alumnos que carecen de los medios para conectarse a las clases a distancia.

Su escuela es multigrado, eso significa que Saraíd, además de sus funciones directivas, atiende a los niños de primero a tercer grado, mientras, Alejandra está a cargo de los alumnos de cuarto a sexto. Su matrícula escolar es de 40 niños, aunque tendría capacidad para recibir a 60 en total. “Sin embargo, las personas ajenas a la comunidad no asisten porque, en lugar de impartir inglés, se enseña una lengua indígena”, comenta la directora.

Nueve de cada diez escuelas multigrado están ubicadas en zonas rurales, en localidades aisladas o con alta marginación, como ocurre con la escuela “Juan Escutia”. Aún con sus carencias ganaron el primer lugar en las Olimpiadas del Conocimiento del Estado de México, justo una semana antes de



Las escuelas rurales multigrado, como la que se ubica en La Nopalera, han tenido que adaptarse para seguir la educación a distancia y evitar la deserción escolar.

que comenzara el confinamiento social por COVID-19.

“Estaríamos gustosos de recibir a más pequeños, aunque a veces los estereotipos no nos dejan avanzar. Tienen la idea de que un maestro indígena no puede enseñar al nivel de un docente de escuelas privadas. Sin embargo, el contenido curricular es el mismo para cualquier alumno de educación básica y las escuelas multigrado tienen beneficios en cuanto al aprendizaje de contenidos entre pares”, explica Saraíd.

Garantizar el derecho a la educación implica que el sistema se valga de escuelas privadas y públicas. Antes de la crisis sanitaria, 11 de cada 100 escuelas eran privadas y atendían al 10 por ciento de los niños de nivel básico, según cálculos del desaparecido Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE).

La crisis económica, sin embargo, apunta a que entre 20 y 25 por ciento de esos colegios privados cerrarán definitivamente o dejarán pasar el ciclo escolar 2020-2021 que, según datos de la Asociación Nacional de Escuelas Particulares (ANEP), significaría que dos de cada diez niños migren al sistema público y cuatro de cada diez maestros del sector privado se queden sin trabajo.

Es decir, 652,000 estudiantes pedirían un lugar en una escuela oficial. Una vez anotado que la deserción escolar de las escuelas

públicas es cuatro veces ese número, tendría que haber cupo. Las autoridades educativas no han hecho esa correlación, solo han declarado que el sistema público está preparado para recibir a los niños que migren desde el sector privado.

Por su parte, Alfredo Villar Jiménez, presidente de la ANEP, fue muy activo en medios durante la primera semana de agosto para insistir sobre la problemática en la que se encuentran las escuelas privadas. Hizo afirmaciones como “si mañana tuviéramos que regresar presencialmente, los grupos (en las escuelas públicas) serían terribles: de 80 o 90 alumnos” o que “la educación privada va a estar mucho mejor” que la oferta pública.

Previo al inicio del ciclo escolar 2020-2021, en Facebook se disparó el número de anuncios de ofertas educativas con “aula a cielo abierto” o acompañamiento docente para hacer “homeschooling” o modelos híbridos para tener un maestro particular en casa y clases en línea. También circulan las ofertas de escuelas particulares que ofrecen asesoría una vez por semana, materiales descargables y la certificación ante la SEP.

Marycarmen Sanguino es neuropsicóloga en educación y terapeuta familiar. También es directora de desarrollo y psicología de Lisasi Home Life, una de las primeras ofertas híbridas en el sistema privado a partir de la pandemia. “Voltar a ver el *homeschooling*



Las clases por televisión están lejos del estilo de vida en las comunidades rurales, donde el paisaje cotidiano es la milpa y el cuidado de los animales.

ha sido una respuesta de los padres ante el desencanto que hubo por la incapacidad de las escuelas privadas para atender esta emergencia”, comenta.

“Muchos papás dijeron: ‘Si esto es lo poco que me das, pues yo también puedo hacer poco en mi casa’. Desencantados de la escuela privada porque no dio más que la escuela pública”, dice la especialista en educación.

El inconveniente de algunas casas es que no siempre son “nutritivas” para el desarrollo de un niño. “Si la casa donde me están resguardando del coronavirus no es estimulante, no es enriquecedora. Solo hay adultos en silencio. El niño solo está frente a una pantalla. La comunicación intencional, la curiosidad, el conocer y el contactar con tus sentidos, la integración sensorial, la comprensión del mundo, se verán lesionados”, apunta.

¿ESCUELA EN CASA?

La taxonomía de las escuelas mexicanas es compleja y diversa. En Ciudad de México aún hay escuelas privadas cuya inscripción en tiempos de COVID-19 no se redujo y se mantuvo en 30,000 pesos, con mensualidades de 10,000 pesos. El dilema de esos padres es que sus hijos tomen clases en línea, durante cinco horas, mientras que, a apenas dos horas de la capital, en el Estado de México, en La Nopalera, a los niños se les pide que vayan por la masa o le den de co-

mer a los borregos y a las gallinas antes de ponerse a repasar sobre los libros de texto.

En otomí moderno, “estudiar” se dice “nxādi”, y “casa” es “ngú”. Vía telefónica, en La Nopalera, Ale, una mamá de 30 años, la única con nivel universitario entre las otras mamás entrevistadas –quienes solo terminaron la primaria–, comenta que lo más difícil de poner a los niños a estudiar en casa es que “complican” las labores del hogar.

“Hay que estar explicándoles las cosas para que lo hagan más o menos”, dice. Ale ayuda a sus tres hijos y a sus sobrinos. Estudió contabilidad en el Centro Universitario de Ixtlahuaca y su hermana es licenciada en derecho, pero por el COVID-19 perdieron su empleo, así que montaron una tienda de abarrotes para generar nuevos ingresos. Ambas entienden otomí y animan a sus hijos a practicarlo en la escuela y con sus abuelos que aún son hablantes de la lengua.

Tienen teléfono, televisión y, por el cierre de la escuela, contrataron internet, a 250 pesos al mes, para poder hacer las clases a distancia. El esposo de Ale es chofer de transporte público, en Toluca. Él regresa a la comunidad cada dos semanas. El marido de su hermana tiene, aunque con pocos clientes, un despacho jurídico en Ixtlahuaca, el municipio urbano más cercano.

“Con la contingencia no hubo tiempo de planear nada. Los niños dejaron los libros

en la escuela, entonces tuvimos que descargarlos. Para nosotros no fue complicado, pero acá hay padres que no saben leer ni escribir. De qué manera le ayudas a tu hijo si tú tampoco lo sabes hacer. Hay gente que ni tele tiene. Pareciera que no, pero sí hay gente de muy escasos recursos”, comenta Ale.

Los niños no se aburren. Tienen la milpa, los animales y la presa de agua que ya antes les servía para irse de pinta. “Las clases de la televisión son para las ciudades, donde todo el tiempo están encerrados”, dice Ale.

Contrastante es el testimonio de otra madre que reside en Ciudad de México y que incluso acudió a la SEP para reportar el colegio particular en el que tiene a su única hija, de seis años, a quien la escuela le exige conectarse diario, desde las 8 de la mañana a las 2 de la tarde, intentando replicar el horario presencial previo al COVID-19.

“Para mi hija es muy pesado este ritmo de clases, sin el acompañamiento de herramientas adicionales de enseñanza. Yo esperararía que revisaran reducir las horas de los niños pequeños, ampliaran el tiempo de descansos entre clases, capacitaran al personal docente en la impartición de clases virtuales”, comenta, en una entrevista que desea anónima por temor a que su hija pierda la beca escolar.

Ariadne Hernández Sánchez, directora del Grupo Interdisciplinario en Neurociencias y Arte, explica que los niños estaban acostumbrados a usar la tecnología, pero con un fin distinto al que los ha impuesto la emergencia sanitaria.

“La conducta esperada de un niño no es que se quede tres horas sentado frente a una computadora. El que un niño fuera a la escuela seis horas era compatible con el modelo económico, porque la mamá tenía que trabajar. Las herramientas digitales son funcionales, pero con un modelo pedagógico que responda a la nueva realidad”, dice quien también colabora con el grupo de especialistas de la salud mental ROME Psiquiatría Integral.

Ya sea con una computadora o con programas de televisión, el dilema es cómo acercar la explicación de los maestros a los niños. Especialmente, cuando el personal docente no es una población ajena a las comorbilidades relacionadas a las complicaciones del COVID-19 y, al menos, tres de

cada diez maestros no podrían presentarse a clases presenciales por considerarse población de alto riesgo al contagio.

Más que los dispositivos electrónicos, han sido los padres –en la mayoría de los casos, las madres– quienes han servido de puente entre los maestros y los niños, sin que estén entrenadas para dar explicaciones académicas y sin que sigan un modelo “homeschooling”, un anglicismo que se ha utilizado aleatoriamente para describir que la pandemia obligó a todos a estudiar en casa.

Evelyn Contreras Rubio, directora del Centro Académico Del Valle, una escuela especializada en “homeschooling” para secundaria y bachillerato, explica que el concepto se está “mal entendiendo”, pues la traducción adecuada sería “desescolarización”, ya que es un modelo que promueve que los niños estudien fuera de la escuela tradicional.

“El sistema educativo actual está en desuso, porque fue creado para otra sociedad, la de la época industrial. Ahora estamos en la revolución digital. Los niños tienen más acceso a información, pero la estructura (educativa) sigue atendiendo las necesidades de finales de la revolución industrial”, comenta.

A escala mundial, el movimiento *homeschooling* se identificó principalmente en familias religiosas que buscaban mantener dentro de casa la instrucción de sus hijos. Aunque hay otras motivaciones, como ocurre con los atletas de alto rendimiento o los niños con vocación artística temprana, cuyos padres deciden apostar por alternativas educativas laicas que les permitan acudir a sus entrenamientos.

El COVID-19 obligó a que todos llevaran la escuela a la casa, es decir, sin perder su registro ante la SEP para obtener un certificado. Sin embargo, quienes siguen un modelo *homeschooling* laico, como hace la escuela de Evelyn Contreras, desde hace 30 años, aún no saben qué harán las autoridades educativas para validar los estudios de los niños que durante el ciclo escolar 2020-2021 se salgan del sistema escolarizado.

De hecho, ante la demanda de informes, preguntando por el modelo en casa, el Centro Académico Del Valle abrió su oferta a niños de primaria, pero advirtiendo a los papás que debían considerar el modelo a largo plazo, pues las propuestas desescolarizadas ofrecen materiales y planes de estudio distintos a los pautados por la SEP.



Previo al confinamiento, la escuela era el lugar donde los niños que llegaban con el estómago vacío podían tomar un atole caliente y hacer una comida saludable al mediodía.

ESCUELA COMO UN DERECHO

“A mí no me mandaron a la escuela”, comienza su relato Susana Toribio Julián. Tiene 60 años. Hablante de otomí. Su esposo se dedica al campo. Cuando hay trabajo, siembran maíz. Su hija trabaja en aseo doméstico, en Ciudad de México, así que va y viene a La Nopalera cada quince días.

“Estamos en la sombra de los árboles de fruta. Sentados. Ya no salimos, como antes, porque mucha gente se está muriendo por esa enfermedad que ha salido”, cuenta Susana, también vía telefónica.

Con el celular de su hija logró que sus nietos siguieran las indicaciones de las maestras, a través del grupo de WhatsApp que se creó para estar en contacto con los pocos padres que cuentan ese servicio.

Las clases de la televisión no son lo mismo que las explicaciones de la maestra. “Dicen que está muy difícil porque lo pasan muy rápido y no lo entienden. Les digo: ‘Pongan atención. Apúntenle’. Ni modo”, dice Susana.

Narra lo que sus nietos platican entre ellos.

–Lo bueno es que mi mamá tiene dos borreguitos y nos estamos entreteniendo –dice uno.

–Si no, voy a terminar de dormir todo el día –contesta el otro.

En La Nopalera hay quienes aún se dedican a los bordados tradicionales otomíes, pero también hay quienes deben viajar a Ciudad de México para emplearse en trabajos de albañilería. Otros se trasladan a la ciudad para trabajar en repostería.

Cuando Saraíd fue designada directora, a un año de haber llegado a La Nopalera, invirtió cada peso del presupuesto en mejoras para la escuela. “Si ya sabes que esos recursos son para los niños y para la comunidad, si estás viendo cómo está la comunidad y que la comida de la escuela es la única comida que hacen estos niños, si nosotros ya tenemos un sueldo, pues no les quitamos. Hagamos que el presupuesto rinda para ellos”, dice con pasión.

Para mejorar la calidad de sus materiales educativos, Saraíd se ha capacitado con la Red Temática de Investigación de Educación Rural, un grupo de especialistas en programas multigrado.

Cómo no esmerarse cuando se ha dado cuenta de que algunas mamás, aun sin celular, buscaron cómo enviarle las evidencias del trabajo realizado en casa, ya fuera pagando 20 pesos en la tienda, o juntando todos los materiales en una caja de zapatos para entregarlo cuando la maestra –que en hñähñu se dice *xampâte*– fuera a la comunidad. ■